
**FRIENDS
OF ISRAEL
INITIATIVE**

Israel y América Latina
Una relación a desarrollar

Carlos Alberto Montaner

Paper No. 25
Septiembre 2014

Israel y América Latina

Una relación a desarrollar

Inicio estos papeles declarando mi percepción de Israel para que no haya equívocos.

Me parece obvio que Israel tiene todo el derecho del mundo a existir como nación independiente. A estas alturas es inútil discutir la legitimidad de la creación de Israel. Fue un acto legitimado por la mayoría de la ONU hace 66 años. No creo, por ejemplo, que nadie ponga en duda el derecho de Brasil a existir como Estado por tratarse de un territorio concedido a Portugal como consecuencia de una bula papal. Es evidente que intentar destruir a Israel ya ha costado mucha sangre e insistir en ese violento camino puede provocar conflictos aún más graves en el futuro. Ese Estado no se va a esfumar y su sociedad no se dejará exterminar, matanza que amenazan con llevar a cabo algunos de sus peores enemigos.

Israel es la única democracia real de la zona. Pese a las guerras y las tentaciones autoritarias que naturalmente surgen en cualquier país cuyo ejército y fuentes de inteligencia sean clave para su supervivencia, la nación, invariablemente subordinada a la autoridad civil, ha mantenido en pie las libertades fundamentales, y entre ellas las de opinión y asociación, base esencial de una verdadera democracia liberal. Su parlamento, ininterrumpidamente abierto, plural y deliberante, no obstante la compleja ley electoral que lo rige y le confiere demasiado peso a los partidos pequeños, no ha dejado de renovarse y de debatir apasionadamente. Los partidos políticos, que incluye los de los árabes-israelíes que obtienen un significativo peso en el parlamento, se han alternado en la conquista del poder por medio de elecciones libres. La justicia es independiente. La sociedad, en suma, acepta el imperio de la ley.

Aunque se trata de un Estado judío, como lo definió la ONU cuando autorizó su creación, en realidad es una sociedad multiétnica. Allí, junto a la mayoría judía, viven pacíficamente árabes de religión islámica, árabes cristianos, drusos y otras minorías étnicas, ideológicas y religiosas. Es un mosaico en el que ni siquiera los judíos conforman un bloque unitario. Junto a los azquenazis (generalmente de origen centroeuropeo), encontramos sefardíes

(procedentes de España) y mizrajíes (oriundos de países árabes). A esos tres grupos históricos, a veces mal avenidos y sin rasgos externos similares, dado que el fenotipo único judío es un mito, más varios millares de *falashes*, judíos de piel oscura procedentes de Etiopía, últimamente se han sumado un millón de judíos rusos llegados en la década de los noventa del siglo XX, supervivientes de la experiencia y la debacle comunistas. Traen y aportan una cosmovisión bastante diferente basada en sus vivencias, como era perfectamente predecible.

En Israel, cuya sociedad está basada en valores occidentales actuales, hay una total libertad de cultos –el país, curiosamente, tiene un alto nivel de no-creyentes--, las mujeres poseen los mismos derechos de los hombres, y no existe ningún tipo de persecución debido a las preferencias sexuales de las personas.

Me consta que la mayor parte de los grupos dirigentes (y, según las encuestas, la mayor parte del pueblo), están dispuestas a convivir con un nuevo Estado árabe, de acuerdo con el planteamiento de la ONU en 1947, adaptado a las realidades actuales, siempre que este estado sea pacífico y acepte el derecho de Israel a existir como nación independiente. Egipto y Jordania han admitido esto último y desde hace décadas mantienen una buena relación con Israel.

Dicho esto, es inevitable fijar mi posición con relación a los combates ocurridos recientemente en Gaza. Me parece evidente que ninguna nación puede tolerar que un vecino enemigo empeñado en destruirla le dispare miles de cohetes y misiles, o que cave túneles con el objeto de perpetrar acciones terroristas en su contra. Israel se defiende y trata de hacerlo con un cuidado que, sin duda, no ponen sus enemigos cuando lo atacan. Los culpables de los lamentables daños producidos a Gaza y a los gazatíes son los terroristas de Hamás.

Por todo esto, me parece injusta y contraproducente la actitud antiisraelí a propósito de este conflicto desgraciado, tomada por los gobiernos de Mercosur –con la excepción de Paraguay–, muy cercana al circuito de las naciones que se identifican con el Socialismo del Siglo XXI. Son los mismos gobiernos, por cierto, que manifiestan una actitud que favorece los intereses y la política de la tiranía religiosa iraní.

Un poco de historia

Hecho el *disclaimer*, empecemos por un poco de historia. Sólo unas pinceladas. Siempre es útil asomarse a las raíces.

La presencia judía en América comenzó en el primer viaje de Cristóbal Colón, iniciado, por cierto, el mismo día –3 de agosto de 1492– en que los Reyes Católicos ordenaron la expulsión de los reinos de Castilla y Aragón de todos los judíos que no se convirtieran al catolicismo.

Con el Almirante, un personaje pelirrojo, pecoso, de tez blanca y ojos claros, a quien algunos historiadores le atribuyen procedencia hebrea, venían varios judíos o criptojudíos. ¿Quiénes eran? Todos curiosos personajes:

Rodrigo de Triana, quien primero avistó tierra firme, el 12 de octubre. Vio antes que nadie el resplandor de una islita de las Bahamas, pero terminó sus días en el norte de África, en Berbería, convertido al islamismo porque ni Colón ni los Reyes católicos lo recompensaron adecuadamente.

Luis de la Torre, políglota e intérprete de la expedición, dado que Colón pensaba que el hebreo, por ser el idioma de Jesús (en realidad era el arameo, pero ésa es otra cuestión) sería la lengua franca de Catay, mítico reinado chino descrito por Marco Polo, a donde Colón creía dirigir las dos carabelas y la *nao capitana* cuando se topó con un nuevo continente. De la Torre no encontró a nadie que hablara hebreo (ni árabe, que también dominaba), pero sí vio en Cuba a un indígena que echaba humo por la boca mientras mantenía una hoja encendida en las fosas nasales. Había descubierto el tabaco.

Maestre Bernal era el médico a bordo. Los males más frecuentes que debía atender eran las diarreas y el escorbuto. Las diarreas se debían a la corrupción de los alimentos. Los “bizcochos” (así llamaban a las galletas, dos veces cocidas en el horno, como los *biscuits* franceses), se llenaban de gusanos y hongos y debían ablandarlos mojándolos en vino o agua. Entonces no se sabía que el escorbuto provenía de la falta de vitamina C. (En la práctica, lo descubrieron los portugueses cuando desembarcaron a unos marinos moribundos en una isla del Caribe para que perecieran en paz. Cuando regresaron a enterrar los cadáveres, los marinos estaban sanos y curados porque se habían alimentado de frutas. Llamaron a la isla *Curazao*. Es decir, “curación”, de acuerdo con una de las explicaciones que dan algunos lingüistas).

Alonso Calle o Lacalle fue el tesorero de la expedición. Debió ser un burócrata importante y muy docto en el manejo de los números. No debe olvidarse que la expedición (algo menos de 100 personas) tenía un triple ángulo comercial. En primer lugar, la Corona debía recibir una quinta parte de cualquier botín que se obtuviese. (Los cuatro viajes de Colón, según los estudios del economista Diocenis Espinosa costaron la astronómica suma de 623 millones de maravedíes, que equivalen a 2530 millones de los euros actuales). En segundo lugar, quienes armaban la expedición esperaban un porcentaje de los beneficios (iban en busca de valiosas especias: canela, pimienta, clavo, etc.). En tercer lugar, los expedicionarios querían su propia recompensa. Ya en esa época Fray Luca Paciolo, un fraile italiano, había popularizado la contabilidad por partida doble y los apuntes contables reflejaban con bastante exactitud los inventarios. Probablemente Alfonso Calle o Lacalle dominaba esa contabilidad básica.

No obstante estos servicios prestados a la Corona, los prejuicios religiosos de la época pudieron más que el sentido común e, incluso, que los propios intereses. Se sabe, por las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, que Hernando de Alonzo, un notable *conquistador*, carpintero de ribera que construyó los bergantines con que Hernán Cortés logró invadir y dominar Tenochtitlán junto a un puñado de aventureros, fue quemado vivo en la hoguera acusado de judío y *judaizante*, en un Auto de Fe celebrado en México en 1528. Alonzo, además, de ser un hábil artesano, fue un empresario exitoso que alcanzó un grado notorio de riqueza como comerciante. Es posible que ese factor, generador de envidia, acaso contribuyó a costarle la vida. Un cura lo acusó ante el Santo Oficio de haber visto como Alonzo, muchos años antes, en Santo Domingo, le frotaba vino en la cabeza a su hijo recién bautizado para quitarle las huellas del agua bendita. En medio de las torturas aceptó que era, en efecto, un criptojudío. El dolo era muy intenso y, probablemente, hubiera admitido cualquier falta o delito con tal de detener las torturas.

Israel y América Latina hoy

Todo esto, claro, es historia antigua. Por diversas razones, casi siempre como consecuencia de las persecuciones en Europa o en el Imperio Otomano, los judíos fueron acercándose a la América Latina en un número considerable. Originalmente, se instalaron en Surinam y Curazao, donde los holandeses eran más tolerantes. Luego, paulatinamente, se trasladaron a Latinoamérica, especialmente tras la creación de las repúblicas, incluida Lusoamérica, dado



Sinagoga Kahal Zur en Recife

que Brasil fue también un destino favorito de los judíos (la primera sinagoga latinoamericana fue fundada en Recife en 1636).

Grosso modo, se estima que desde México a la Patagonia debe haber unos 500 000 judíos. Aproximadamente, uno de cada mil latinoamericanos es judío (menos de la mitad del promedio mundial). De ese medio millón de judíos, más de 300 000 radican en Argentina, la mayor parte de ellos en Buenos Aires, aunque no faltan los famosos gauchos judíos, inmortalizados por Alberto Gurchonoff en su famoso libro de principios del siglo XX, titulado, precisamente, *Los gauchos judíos*, y hasta por Rubén Darío, en su *Canto a la Argentina*, en la estrofa que comienza “Cantad, judíos a la pampa”.

Estas cifras, naturalmente, no revelan el fenómeno en toda su extensión. Por definición religiosa, judío es sólo aquel que nace del vientre de una madre judía, o que se convierte al judaísmo tras el complicado proceso que exige una religión que no hace proselitismo, pero muchos judíos se mezclaron con mujeres *gentiles*, mientras otros, hombres y mujeres, se apartaron del judaísmo, de manera que las personas con raíces judías son muchas más de las que se proclaman pertenecientes a esa comunidad.

Sólo en Buenos Aires se calcula que un millón de personas tiene, al menos, un abuelo judío. Un dato nada sorprendente, si recordamos que en 1492, cuando expulsaron a los judíos de España, acaso una sexta parte de la población de esa nación tenía algún parentesco con los judíos, presentes en la región desde que Hispania era una provincia romana. Al fin y al cabo, la comunidad judía en los tiempos de Jesús era muy numerosa.

Según el censo de judíos llevado a cabo por el emperador Claudio a mediados del siglo I d.C., existían dentro del imperio casi siete millones de judíos, lo que quiere decir que uno de cada 10 romanos tenía sangre judía, pero esa proporción aumentaba en la región griega del imperio (la roma helenística), en la que uno de cada cinco habitantes probablemente tenía raíces judías.

En general, las comunidades judías latinoamericanas se caracterizan por su laboriosidad, éxito empresarial y alto nivel educativo. Sus miembros suelen formar parte del mundo académico, artístico, profesional, comercial y financiero. No es frecuente, en cambio, encontrar judíos en las favelas o en las cárceles junto a los delincuentes comunes. Son, sin duda, una inmigración muy benéfica para los países que los han acogido. Crean riqueza, generan empleos y le agregan calidad al nivel general de vida.

Probablemente, a mediados del siglo XX ésa era la percepción general de los judíos en América Latina: muy positiva. No en balde, la creación de Israel como nación judía —así decía la resolución 181 de la ONU, aprobada el 29 de noviembre de 1947— se debe, primero, al voto de Guatemala y Uruguay, que inclinó la balanza en esa dirección dentro de la comisión que redactó la proposición que dividía el territorio palestino en dos, adjudicando una parte a los judíos y otra a los árabes, y luego al voto latinoamericano, en el que 13 países de la región votaron a favor, seis se abstuvieron (en la práctica la abstención favorecía la aprobación) y sólo uno, Cuba, votó en contra. En esa época el bloque latinoamericano era el mayor de la incipiente Organización de Naciones Unidas.

Una relación mutuamente beneficiosa

La historia de Israel, como nación independiente, está, pues, ligada a la voluntad latinoamericana de que se materializara esa compleja aspiración de los judíos sionistas. Quizás, la asignatura pendiente es forjar ahora unos lazos más estrechos entre la región y ese país del Medio Oriente, esencialmente porque es justo y favorable, tanto para los países latinoamericanos como para Israel.



Asomémonos, primero, a una realidad física inocultable.

Israel tiene, aproximadamente, las dimensiones y la población del país más pequeño de América Latina: El Salvador. (Israel: 22 072 km² y 8 millones de habitantes. El Salvador: 21 400 km² y 6 millones y medio de habitantes). Pese a esa realidad física, ¿tiene sentido para los países latinoamericanos y para Israel esforzarse en forjar unas relaciones estratégicas especiales? A mi juicio, serían mutua y altamente convenientes al menos por las siguientes diez razones:

1. Además de la significativa presencia judía en América Latina, no hay duda de que existe una estrecha relación entre la cultura judía y América Latina, donde la religión predominante es el cristianismo, ya sea en su vertiente católica o en la protestante. No es falso que la visión ética de los latinoamericanos encaja en una fortísima tradición judeocristiana. Ese vínculo no es poca cosa. Se ha dicho antes: *Todo occidental, tiene dos patrias, la suya y la de Abraham, Moisés y Jesús, tres judíos excepcionales*. No se puede explicar un país como México sin la devoción por la Virgen de Guadalupe, representación local de la judía María, o Miriam, madre de Jesús. De esa ética judeocristiana surge nuestra definición del bien y del mal y la concepción del destino

trascendente de los seres humanos que sostienen la mayor parte de los latinoamericanos creyentes. Ese mundo espiritual judío hoy está representado por el moderno Estado de Israel. De alguna manera, formamos parte de la misma familia.

2. Pero, además del evidente vínculo espiritual presente en la tradición judeocristiana, dentro de Israel existen notables comunidades de judíos hispanoamericanos provenientes, la mayor parte, de Argentina, y, en menor número, de otros países latinoamericanos. Es decir: ya existe un vínculo humano que debería ser utilizado como correa de transmisión en las dos direcciones. (En mi condición de periodista, recuerdo haber visitado un *kibutz* judío-cubano durante mi primera visita a Israel en 1972, con motivo de un ataque terrorista al aeropuerto de Lod perpetrado por un comando suicida japonés. Los judío-cubanos llegaron en 1948 para participar en la defensa del recién creado país durante la Guerra de Independencia que inmediatamente se desató).
3. Y están, claro, los sefardíes, esa importante rama de la diáspora judía procedente de España, expulsados del país en 1492 (unos 200 000), muchos de cuyos descendientes aún hablan *ladino*, el único dialecto del castellano que sobrevive, lengua vernácula en que se comunican millares de personas de ese origen. Recientemente, España les ha ofrecido la posibilidad de adquirir la nacionalidad sin necesidad de renunciar a la que hoy posean.
4. Aunque se trate de un país pequeño y, por lo tanto, con un volumen económico acorde con su población, Israel posee un PIB de unos 273 millardos (*billones*), casi tanto como los seis países centroamericanos combinados (44 millones de habitantes), alcanzando un per cápita de 36 200 dólares anuales medido en paridad de poder adquisitivo. Israel, obviamente, es un mercado potencial notable para adquirir bienes latinoamericanos, dado que importa anualmente mercancías por una suma cercana a los ochenta mil millones de dólares.
5. Pero también puede ser un suministrador de medicinas y equipos médicos, así como un inversionista. La empresa farmacéutica Teva, por ejemplo, opera en 60 países –entre ellos México, Argentina, Chile, Brasil y Perú--, posee 40 fábricas de medicinas y productos de farmacia, le da empleo a unas 50 000 personas y tiene 21 centros



de investigación y desarrollo. El país exporta algo más de setenta mil millones de dólares anualmente.

6. Se ha dicho, con razón, que Israel es el “Silicon Valley” del Medio Oriente. Según el *best seller* *The Start-Up Nation*, el país tiene más empresas cotizando en Nasdaq –la Bolsa de compañías tecnológicas— que la suma de todas las que poseen Corea de Sur, Japón, Singapur, China, India y Europa. Los israelíes son los grandes emprendedores del mundo actual. Cada compañía tecnológica que surge, o que ya opera localmente, lo hace pensando en el mercado mundial, aunque se trate de una entidad minúscula con una docena de empleados.

7. La “imagen país” es muy importante en el comercio internacional.

La imagen de Israel en el terreno técnico y científico es excelente. Los lazos económicos y tecnológicos de Israel con Estados Unidos, por lo tanto, favorecerían la asociación entre las empresas *high-tech* latinoamericanas –las hay en Brasil, Uruguay, Chile, México y Argentina— y las israelíes. Es más fácil acceder por esa vía al capital de riesgo que abunda en Estados Unidos y escasea en América Latina. Es más fácil, también, y más seguro, llegar a las grandes empresas del mundo tecnológico asociados a entidades israelíes. Google pagó casi mil millones de dólares a una empresa israelí por *Waze*, una aplicación vinculada a las redes sociales. Más o menos la misma cifra que la japonesa Rakuten, invirtió en *Viper*, un aplicación dedicada a la mensajería. El mundo de los negocios, como se sabe, tiene mucho que ver con las conexiones y la habilidad para comerciar. En esos aspectos Israel tiene mucho que ofrecer a los empresarios latinoamericanos.

8. Solemos decir, con razón, que vivimos en la época del conocimiento. Los países que más prosperan no son los que poseen más recursos naturales, como demuestra el caso de Israel, sino los que se acogen

con mayor seriedad e intensidad al proceso normal del desarrollo: primero imitan, luego innovan, y más adelante son capaces de crear por cuenta propia. Pero todos esos procesos se producen dentro de las empresas, y si algo distingue al Israel de nuestros días es que esta pequeña nación es una verdadera incubadora de iniciativas empresariales. Uno de los retos latinoamericanos es aprender de Israel esa enriquecedora secuencia.

9. El Estado de Israel tiene decenas de generosos programas de ayuda a países menos desarrollados y una larga experiencia en cómo transmitir esa información para que sea efectiva. Es famoso el *expertise* del país en asuntos como irrigación para la agricultura, desalinización del agua, cultivo de cítricos, seguridad y otra docena de especialidades. Pero, además de las posibles zonas de colaboración, es importante la escala israelí de producir bienes y servicios. Al tratarse de un país pequeño y con recursos limitados, sus conocimientos o *know-how* se adaptan mucho mejor a las necesidades de las naciones latinoamericanas.
10. De la misma manera que la colaboración con el Estado de Israel puede ser muy fructífera por sus programas de transferencias de conocimientos, un resultado aún más espectacular y diversificado se puede lograr estableciendo zonas de colaboración con la sociedad civil israelí. Las universidades, centros de investigación, hospitales y empresas líderes, es decir, los puntos de excelencia de ese país pueden ser una notable fuente de adquisición de conocimientos. Afortunadamente, el inglés es la lengua franca del país, no es indispensable saber hebreo para poder comunicarse, y numerosas personas, además, hablan español por ser de origen hispanoamericano o sefardí.

La posición israelí

En definitiva, para los latinoamericanos, Israel, que ayer fue el caldo donde se forjó la civilización judeocristiana, hoy es una especie de extraordinario *think-tank*, un mercado interesante y una fuente de asociación económica con el que se deben explorar múltiples formas de colaboración académica y empresarial para beneficio mutuo.

Para Israel, por su parte, es conveniente llevarse bien y gestar algún tipo de alianza estratégica con el mundo iberoamericano por dos razones obvias:



El Primer Ministro israelí, Benjamín Netanyahu y el Presidente Juan Manuel Santos de Colombia.

1. Porque Israel, como le sucedió en el momento de su creación como Estado moderno, necesita aliados políticos que ayuden al país a enfrentar el injusto acoso internacional antiisraelí.
2. Porque el gran mercado latinoamericano de más de 500 millones de personas es un segmento comercial que se adapta perfectamente al perfil productivo israelí. Mientras los latinoamericanos, en general, son exportadores de productos básicos, los israelíes lo son de productos complejos con un gran valor agregado.

Es el momento, en cambio, de acercarse a Israel porque se trata, ya lo he dicho, de la única democracia real en aquella torturada zona del planeta, y también, por qué no, de que nuestros pueblos, que tienen tantas carencias y sufren tantas dificultades, se beneficien de una forma legítima y duradera.

Join the Initiative

www.friendsofisraelinitiative.org
info@friendsofisraelinitiative.org

On social networks

Facebook: Friends of Israel Initiative
Twitter: @Friendsisrael